

J.J. PÉREZ-SOBA-O. GOTIA, *Il cammino della vita: l'educazione, una sfida per la morale* (Lateran University Press, Roma 2007) 343 pp.

Este volumen recoge las actas del coloquio que tuvo lugar en Roma los días 10-11 de noviembre de 2006. Tal evento fue organizado por el Área de investigación en teología moral en el Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia en la Pontificia Universidad Lateranense.

La originalidad de este volumen consiste en afrontar una cuestión poco corriente en la reflexión moral moderna y contemporánea, como es el tema de la educación moral. Dado que existen algunos planteamientos morales que hacen imposible la educación como el racionalismo ético, el autonomismo o lo que se podría denominar una ética de la espontaneidad, el coloquio ha pretendido profundizar en la renovación de la moral a partir de la cuestión de la educación. Conviene notar cómo la perspectiva adoptada no se limita a abordar el tema de la educación como un tema moral entre otros sino que considera la moral como esencialmente educativa. La pregunta fundamental que se ha querido afrontar es, pues, la siguiente: ¿qué moral es capaz de pensar la educación?

La respuesta se ha intentado dar en tres pasos sucesivos que constituyen los tres núcleos fundamentales en la estructura interna del volumen: en primer lugar, la cuestión de la temporalidad de la vida del hombre; en segundo lugar, la necesidad de la pertenencia a una comunidad y a una tradición y, por último, la fragilidad y vulnerabilidad de la libertad humana en la obra educativa. Estos tres aspectos son constitutivos esenciales de la experiencia moral, que es como el telón de fondo de las sucesivas intervenciones.

La primera parte del libro se dedica, pues, a profundizar en la temporalidad como elemento constitutivo del crecimiento moral. En efecto, la acción humana no es reducible a un momento espiritual de elección, que posteriormente tiene consecuencias en el mundo. El crecimiento moral de cada persona empeña su libertad en una historia concreta. Este crecimiento no se mide por las capacidades naturales del hombre sino por el sentido de la vida con el cual alcanzar una vida plena. Las virtudes, que nacen de la connaturalidad de las disposiciones afectivas con el objeto de la acción, aunque tengan que ver con determinados bienes convenientes a la naturaleza humana, no nacen y crecen naturalmente ni se pueden deducir de la misma naturaleza humana. Una persona no virtuosa necesita de un maestro y de tiempo para llegar verdaderamente a serlo. La educación moral no es, por consiguiente, un simple adiestramiento o una enseñanza externa, pues únicamente el mismo agente es capaz de generar desde sus dinamismos interiores acciones excelentes. En la unidad personal de afecto y razón nace el sentido de la acción que llena a la persona como tal. La imagen del camino, que expresa la temporalidad, muestra la dimensión procesual de la moral, pero no se confunde con los pasos de un proceso racional o una formación exterior de la conciencia. El sentido de la acción forma parte de la historia por la que la persona encuentra su identidad. Todo crecimiento moral ha de apuntar a la madurez. Tal madurez a la que tiende la educación es la capacidad del don de sí en referencia a una comunión de personas.

Esta temática es iluminada desde perspectivas diferentes por las intervenciones de los profesores Angelini, Cozzoli y Pérez-Soba. El primero lo hace desde una fenomenología de las edades de la vida, al mostrar cómo cada una de ellas tiene su propia verdad sin perder la continuidad y la intrínseca interrelación entre ellas. Tomando como referencia fundamental a Guardini, el profesor de Milán insiste en la relevancia antropológica de esta temática. Si la cultura del siglo XX ha centrado su interés en el niño y en el adolescente, es preciso comprender la completa distensión temporal de la temática.

El modelo cultural adolescéntrico, que busca al sujeto a través del perpetuo experimento, no favorece el recorrido ascendente e inclusivo de estas etapas, por lo que es importante volver a pensar en el significado de esta cuestión de las edades de la vida para la educación moral. La figura escatológica del tiempo de la vida humana, implica una distensión temporal que apunta a una plenitud, a un tiempo pleno, a la plenitud de los tiempos.

El segundo de los profesores, siguiendo de cerca la perspectiva tomista de la persona que actúa, muestra la necesidad de las virtudes como hábitos operativos mediante las que el agente alcanza la madurez. El tercero argumenta cómo la conciencia moral es despertada por la presencia del otro en orden a superar el ideal educativo de la autonomía, que es una utopía, pues reduce la educación a una tarea intelectualista. El sentido de la experiencia moral es despertado y, por tanto, originado por la respuesta que el educando da al sentirse interpelado por un educador. Esto nos conduce a un marco educativo dialógico irrenunciable. En el Antiguo y el Nuevo Testamento el discipulado es el ámbito educativo elegido por Cristo como Maestro que tiene una singular autoridad y que enseña con acciones (gestos) y palabras intrínsecamente unidos.

La segunda parte del libro pretende mostrar cómo el elemento interpersonal es básico para la educación. Frente al éxito de las teorías de Piaget y Kohlberg, que plantean la educación como un crecimiento formal de la autonomía en el razonamiento sobre las normas éticas y que ha conducido hacia una fuerte recaída emotivista, es preciso profundizar en el acto educativo como moral en sí mismo y tomar en consideración la relación maestro-discípulo como quicio de la educación. El acto educativo es un acto comunicativo entre dos personas que conforma un vínculo positivo. Esta transmisión se realiza en una tradición determinada, que hace referencia esencial a una comunidad determinada. Esta referencia no hace perder el horizonte de universalidad propia de la moral, de modo que la plenitud de vida que Cristo nos promete nos capacita para discernir la verdad de la propia tradición al interior de la misma tradición. La Iglesia como comunidad educativa ha de transmitir la fe; para esta misión resulta decisivo el testimonio de santidad de algunos de sus miembros, ya que hace creíble la verdad moral que se desea comunicar.

Esta segunda parte presenta las contribuciones de los profesores Hauerwas, Pesci y Mimeault. El primero ha mostrado que la tradición tiene un lenguaje específico que se aprende en la acción común, a través de la cual el hombre se inserta en un ámbito educativo global. Desde esta perspectiva, la fe no se puede reducir a una opinión más porque se recibe en un compromiso personal de una vida común cargada de significado. El segundo, desde una perspectiva más pedagógica, ha iluminado

la posibilidad de encontrar un sentido en el camino educativo, lo cual es la tarea decisiva para un verdadero acto educativo. El tercero ha explicado cómo la educación cristiana es fundamentalmente una educación a la santidad. El carácter sacramental de la Iglesia, signo e instrumento de la presencia de Dios, es signo de la fecundidad del Espíritu Santo, maestro originario de toda santidad.

Las dos primeras consideraciones acerca del papel del crecimiento y del maestro en la educación han conducido hacia el estudio de la última cuestión. Este tercer núcleo de reflexión ha afrontado la siguiente pregunta: ¿cómo puede alcanzar la plenitud, la madurez, un hombre frágil y pecador?

La gran vulnerabilidad y las dificultades para alcanzar la perfección parecen alejar ésta de las reales posibilidades de las capacidades humanas. De aquí nacen dos cuestiones importantes: primera, ¿no es un error presentar un ideal que resulta poco menos que inalcanzable como meta de la educación? y segunda, ¿cómo afrontar ciertas debilidades que parecen capaces de vencer al hombre? Ante la primera cuestión se puede tener la tentación de responder a través de una propuesta de la gradualidad de la ley, de tal modo que la exigencia de la ley moral venga ajustada y adaptada en cada caso a las limitaciones y posibilidades de cada uno. El Magisterio ha aclarado que se trata, en cambio, de proponer la ley de la gradualidad en el conocimiento de la ley moral que impulsa a cada hombre al cumplimiento pleno de la misma, sin negar nunca su real contenido. Es preciso, por tanto, por un lado, valorar el don primero que hace posible el fin que el hombre por sí sólo es incapaz de alcanzar; por otro, ver cómo el don de la caridad en su forma de amor misericordioso es capaz de curar y devolver al hombre la esperanza de alcanzar tal fin. La pedagogía de Jesús y su misma acción salvadora que dona el Espíritu revela las posibilidades reales del hombre pecador y redimido.

La profesora Léna y los profesores Sánchez y Noriega afrontan en el volumen esta última cuestión. La primera busca mostrar cómo la experiencia de la fragilidad está inscrita en la experiencia del amor humano, y cómo esta precariedad ontológica ha sido transformada en una verdadera gracia a través de la acción del verdadero Pedagogo, Cristo, que dona a cada educador el Don multiforme del Espíritu que actúa en lo íntimo del corazón con dulzura e infinita paciencia. La "educación según el espíritu" indica esta alianza entre la fragilidad humana y la confianza en la acción del Espíritu. El profesor Sánchez, por su parte, desde una perspectiva bíblica, presenta la figura de Jesús como Maestro en los Evangelios y la singular pedagogía de Jesús que cuenta con el tiempo para ir realizando una enseñanza progresiva, sin renunciar nunca a la radicalidad de la exigencia de su llamamiento. La singularidad de la pedagogía de Jesús consiste en que Él mismo es el contenido de su enseñanza, y que su modo de enseñanza es comunal, de tal modo que únicamente en la comunión con Jesús es posible acceder a su misterio, un misterio que transforma radicalmente la vida de sus discípulos y los convierte en testigos de su misterio pascual. Por último, el profesor Noriega pretende explicar cómo el Espíritu Santo interviene en el proceso de maduración de la persona. En el drama de la educación, la obra del Espíritu se distingue en tres fases esenciales: la primera conduce al hombre a desear el bien particular en la perspectiva de un auténtico bien común en el que poder vivir la amistad con Dios. El momento decisivo de esta fase es la edad de discreción del niño, mo-

mento en el que hace su primera elección fundamental por la que determina el rostro concreto del fin último al que desea dirigirse. La segunda fase se sitúa en el crecimiento de las virtudes como capacidad de excelencia que le permiten construir acciones que buscan alcanzar la grandeza del ideal de vida buena. En una tercera fase, el trabajo del Espíritu se concentra en potenciar la relación de la mediación de la comunión humana con la comunión con Dios. La docilidad al Espíritu va dando paso, como vemos en los santos, a una maravillosa fecundidad en la fragilidad de las acciones. La pedagogía es esencialmente una cuestión de amistad, de ahí su debilidad, pero también su grandeza, pues Cristo ha querido llamarnos sus amigos.

Como conclusión de la rica reflexión que porta consigo este volumen, podemos decir que la educación moral es un urgente desafío. Percibir tal educación desde la perspectiva del acto educativo impide concebir la pedagogía como una especie de técnica. La exigencia de una autoridad hace referencia a lo que se ha recibido como incondicional y trascendente. Esta autoridad implica un bien comunicativo que es central para no reducir la educación a una comunicación puramente formal. Esta autoridad se enmarca en una comunidad de tal modo que la educación implica un entrelazamiento de relaciones comunicativas que van conformando tres moradas decisivas: la casa, la ciudad y el templo, que corresponden respectivamente a las esferas de la intimidad, la socialidad y la trascendencia.

El volumen se completa con cinco contribuciones de otros tantos estudiosos. La edición, a cargo del profesor Pérez-Soba y de la profesora Gotia, resulta delicadamente cuidada. Una lectura, en definitiva, llena de intuiciones, y muy recomendable para los interesados en el tema de la educación moral, ya que abre múltiples y sugerentes caminos.

JUAN DE DIOS LARRÚ

BRUNO OGNIBENI, *Il matrimonio alla luce del Nuovo Testamento* (Lezioni e Dispense 11; Lateran University Press, Città del Vaticano 2007) 229 pp. ISBN 978-88-465-0575-0

En un momento en que desde diversos ámbitos se cuestiona abiertamente la institución familiar resulta muy oportuna esta contribución de Bruno Ognibeni, profesor ordinario de Teología Bíblica en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia (Roma). El libro que presentamos es un manual de nivel universitario, fruto de años de investigación y enseñanza, y por ello tiene un indudable interés como síntesis accesible de esta materia para profesores, estudiantes y personas interesadas en la teología del matrimonio y del Nuevo Testamento en general (en el prefacio se anuncia el proyecto de dedicar en el futuro otro volumen al matrimonio en el Antiguo Testamento). Tal como indica el autor, se trata de “una antología comentada de los principales pasajes del NT que tocan de una u otra forma la temática matrimonial” (5); como es natural en una obra así, no entra a fondo en la explicación exegética de todos los aspectos del texto, sino que se conforma con una explicación